

Reportaje

El recurso de la espiritualidad Pbro. Silvio Marinelli

La experiencia del sufrimiento

La enfermedad crónica, más aún si es degenerativa, conlleva problemas y cuestionamientos desde un punto de vista espiritual y religioso. La vida, antes de padecerla, seguía su curso, entre éxitos y fracasos, preocupaciones y tareas, momentos felices y despreocupados... Hasta que la enfermedad se asoma, de manera prepotente: y nada es como antes. Empiezan los exámenes clínicos, las terapias, un andar y volver a andar con los médicos, gastos, reestructuración de las tareas laborales, domésticas, familiares y sociales. El futuro se vuelve amenazador.

También la dimensión espiritual, es decir, el conjunto de valores y creencias que animan a toda persona (sí, porque la espiritualidad es de todos, no solamente de quien tiene un credo religioso), recibe una sacudida. Surgen preguntas nuevas: «¿Por qué?» «¿Por qué a mí?» «¿Por qué en este momento de mi vida?» «¿Qué quiere Dios de mí en esta situación?» «¿Hasta cuándo?» «¿Cómo terminará todo esto?» «¿Qué sentido tiene mi sufrimiento?» «¿Cómo sobrellevarlo sin que me destruya?» «¿Qué hacer y a quién recurrir para encontrar apoyo?» Podríamos añadir otros cuestionamientos: cada quien vive su situación de forma diferente, sin embargo siempre con sufrimiento.

Sabemos también que somos seres «de carne y hueso», no eternos e indestructibles; sabemos que la enfermedad y el sufrimiento hacen parte de nuestra condición humana; sabemos que nuestras células, órganos y aparatos pueden empezar a no funcionar bien: se enferman. Lo hemos constatado en infinidad de ocasiones, en nuestros seres queridos, conocidos, amigos y desconocidos: la enfermedad es «patrimonio común» de la humanidad. A pesar de estos convencimientos, cuando la enfermedad irrumpe ruinosamente en nuestra biografía, advertimos como un sentido de «injusticia» («no es justo que eso me pase a mí»). La dimensión racional («todos podemos enfermarnos») deja el paso a una nueva percepción: fragilidad, desamparo, miedo, angustia; la vida nos está «traicionando».

Fe y vivencia cristiana

Se podría opinar, en abstracto, que la fe cristiana pueda ayudar mucho en esta situación de «pérdida» de la salud, la seguridad y el futuro. Una fe sólida y la creencia en Dios funcionan como válida terapia: la persona enferma, y su entorno familiar, reaccionan constructivamente.

Sin embargo, la experiencia nos enseña que también en personas creyentes la experiencia de la enfermedad representa una sacudida muy fuerte, y que exige una respuesta novedosa. Quiero decir que la fe y la creencia deben «dar un paso», no se quedan como antes y es

ingenuo pensar que la situación pueda proceder como si la experiencia de la patología no representara una encrucijada que exige una «labor» espiritual, a menudo difícil. La enfermedad seria puede provocar rechazo y abandono de una práctica religiosa no muy interiorizada y profunda; también puede desembocar en un cambio, un «brinco» a una experiencia más íntima y madura. Ciertamente, las cosas no quedan como antes...

Frente a resultados tan contradictorios, surge la necesidad de un descubrimiento o redescubrimiento de la fe, y un camino de crecimiento que puede ser acompañado y favorecido con una buena práctica pastoral.

El Misterio Pascual de Jesucristo

La experiencia cristiana de la fe hace referencia a la persona de Jesucristo. Podríamos reflexionar *ad infinitum* sobre aspectos filosóficos y teológicos respecto a Dios, entendido como realidad suprema y trascendente, como Creador y ser omnipotente, etcétera. Sin embargo, la fe cristiana no se queda en reflexiones abstractas, de teodicea, como se dice en lenguaje técnico. Para los creyentes cristianos (de todas las confesiones cristianas) el único punto de referencia –modelo y paradigma– es Jesús.

Él vivió la experiencia del sufrimiento: soledad, persecución, malentendidos, acoso, sufrimiento físico, miedo y angustia, abandono y traición, sentimiento de «absurdidad» ante lo que estaba pasando, etcétera. La experiencia de Jesús afirma, ante todo, que la experiencia del sufrimiento es común a todos los seres humanos y debemos vivirlo de forma «humana»: no somos héroes ni superhombres, somos frágiles, no debemos aparentar una fortaleza que no tenemos. La honda humanidad de Jesús nos lo hace sentir cercano en nuestros sufrimientos y nos señala el camino del reconocimiento y la aceptación de nuestra realidad humana, frágil y finita.

Al mismo tiempo podemos ver en la experiencia de Jesús algo novedoso y asombroso: a pesar de todo lo que está viviendo, Jesús no renuncia a llevar adelante con coherencia su programa de vida: disponibilidad y amor hacia el prójimo, capacidad de perdón, bondad de ánimo y misericordia. La experiencia del dolor no lo encierra en una actitud egoísta; no piensa en sí mismo. Permanece firme en el proyecto de vida que había desarrollado en su orientación de su vida: una pro-existencia, es decir, «una vida para los demás». Logra transformar su sufrimiento y su muerte en un «don» para la humanidad; no los vive como «hurto» o «pérdida», sino como «posibilidad de su última ofrenda».

También su relación con el Padre se vuelve, podríamos decir, más honda y confiada. Cuando la realidad externa le echa a la cara la «lejanía» y «abandono» de su Abbá, Jesús renueva su «abandono» y lo experimenta ahí en la «impotencia» de un Dios que continúa amándolo y amándonos a pesar de su silencio.

En esta situación extrema, a la vez «cumbre», Jesús vive su «pascua», su paso de este mundo al Padre; al mismo tiempo realiza el «paso pascual» de una falta de sentido a un «llenarlo de amor»; de un sufrimiento estéril a un sufrimiento que anuncia y realiza la

resurrección. Su vida no ha sido inútil o fracasada, más bien manifiesta “cómo debería ser la existencia de todas las personas: un camino para llevar a plenitud nuestra capacidad de amar y de entregarnos”.

La resurrección del Señor no debemos considerarla como un acontecimiento externo o sucesivo a su experiencia humana: era y realizaba resurrección en sus palabras, gestos, actitudes. Jesús realizó un «himno a la vida» a lo largo de toda su existencia y también su dolor y muerte se convierten en «coronación» de esta actitud de vida.

Su Misterio Pascual nos introduce en un nuevo sentido del sufrimiento: oportunidad de maduración espiritual, de comprensión más profunda de quienes somos en realidad, superación de actitudes frívolas o narcisistas, experiencia de que somos –desde siempre–, queridos y amados por aquel Dios que es nuestro Padre. El Espíritu Santo nos permite también a nosotros dar este «paso pascual», vivir nuestro misterio pascual con nuestro hermano mayor, Jesús, el Señor Resucitado.

La oración y los Sacramentos

Puesto nuestro enfoque en Jesucristo, adquiere nuevo sentido la oración y la práctica de los Sacramentos. No se trata de «cambiar a Dios» (Él «está bien así como es»), sino de pedirle luz en los momentos de desconcierto y soledad, y fuerza para enfrentar los nuevos retos que la enfermedad nos presenta. Tal vez escuchamos reflexiones que nos alejan de esta perspectiva, como si la oración fuera una lucha para «ablandar » a Dios, hacérselo amigo, modificar su pensamiento y voluntad. Nos damos cuenta de que estamos muy lejos del modelo a seguir, Jesús. Si desde un punto de vista psicológico es comprensible buscar «pactar» con Dios (los estudios sobre los estadios frente al desarrollo de la enfermedad nos lo evidencian), desde un punto de vista espiritual estamos desubicados: no debemos «modificar» a Dios: Él siempre nos ama y está cerca de nosotros.

La oración es la experiencia de un diálogo íntimo con nuestro Padre Dios, para, ciertamente, «pedirle» algo, claridad en lo que nos está pasando y fortaleza frente a los retos. Al mismo tiempo el diálogo toma otros matices: de acción de agradecimiento por los aspectos positivos de nuestra vida y por los cuidados que recibimos, de alabanza y adoración de su amor y bondad.

Los Sacramentos que la tradición católica nos recomienda, van en la misma dirección: la Reconciliación para «cerrar» con el pasado y vivir con menos egoísmo; la Eucaristía para alimentarnos con su vida y tener más energía con Él en nuestra experiencia; la Unción de los Enfermos para que el Espíritu Santo nos ilumine y fortalezca, Él que es «luz de los corazones» y «fuerza de Dios».

La esperanza

La espiritualidad y la fe cristiana no nos explican los «porqués» del sufrimiento (tarea de las diferentes disciplinas médicas y biológicas), pero sí nos encauzan a buscar y descubrir

su «para qué», único y personal, como es nuestra vida. Más que insistir en las «causas y razones» de nuestro sufrir o sobre las perspectivas («¿hasta cuándo?»), la sugerencia es ver el «cómo» puedo vivir estas experiencias, sin renunciar a nuestra humanidad en una actitud positiva, de quien sabe que «aún camine por cañadas oscuras... Tú estás conmigo» (Sal 22). Necesitamos la virtud de la esperanza: la última palabra no es «fracaso y muerte», sino «vida y resurrección ». La esperanza es motor y gasolina de nuestra vida, nos ayuda a ver «más allá» de lo contingente, nos abre al futuro, nos permite caminar y luchar, nos da orientación.

La virtud de la esperanza cristiana consiste, básicamente, en el relato de una historia, que tuvo un comienzo, una continuación, que nada ni nadie podrá interrumpir, y que irá más allá del tiempo: es la historia de nuestra salvación. Cuando se convierta en una historia sin tiempo, será eterna. Mientras tanto, nuestra esperanza cristiana se va cargando de razones en el largo y tortuoso discurrir de nuestra vida. No nos exilia del mundo, ni de las pequeñas o grandes esperanzas: de la justicia social, de relaciones auténticas, de la paz...

La esperanza cristiana está habitada, «embarazada», de un dinamismo interior imparable, de motivaciones nuevas, de contenidos insospechados. Va más allá de los logros más espectaculares de este mundo y de las expectativas más elaboradas. «Sabemos que si esta tienda, que es nuestra morada terrestre, se desmorona, tenemos un edificio que es de Dios: una morada eterna, no hecha por mano humana, que está en los Cielos. Y así suspiramos en este estado, deseando ardientemente ser “revestidos de nuestra habitación celeste”» (2Cor, 5).